

¿SUBIMOS A LAS MONTAÑAS POR IDEAS ROMÁNTICAS O CLÁSICAS?

¿SUBIMOS A LAS MONTAÑAS CON IDEAS CLÁSICAS O ROMÁNTICAS?

DIEGO FERNANDO CÁMARA LÓPEZ

Vuelvo a leer, ahora con la debida tranquilidad, el interesante y muy elaborado artículo que escribió mi consocio de la *RSE Peñalara*, Jesús Valera Enríquez, que lleva por título *El alpinismo y la filosofía*, y que apareció publicado en el número 576 de la estupenda revista (II trimestre de 2021) que nos hace llegar puntualmente dicha sociedad. Al no ser yo escritor, mucho menos filósofo o nada que se le parezca, admitiendo mi temeridad, propia de un mediocre montañero pero quizás debido a ella, me atrevo a decir que discrepo.

Discrepo, aunque sea parcialmente y de forma cordial como no podía ser de otra forma, de su tesis y de algunos de sus apoyos históricos, si bien, casi nada de sus pesimistas (por otro lado algo muy romántico) conclusiones. En esencia destaco lo que allí se mantiene, procurando centrar bien la cuestión: «La tesis que me gustaría desarrollar tiene su núcleo en la idea de que el alpinismo posee una determinada configuración ideológica... que, curiosamente, comienza a fraguarse... como es la *Revolución francesa*». Básicamente derivado de ello propone: «Mi propuesta es que el movimiento social del alpinismo se alineó en el bando del irracionalismo romántico», resolviéndose así «la conocida tensión dialéctica, entre la modernidad, representada por la Ilustración¹, y el Romanticismo». Jesús Valera apoya sus razonamientos en el pensamiento de genios mundiales, y espero no dejarme a ninguno de los que cita, como Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger, aunque para evitar yerros, animo a los lectores a repasar dicho artículo, pues en todo caso merece dedicarle tiempo.

Aristóteles dejó dicho que dentro de nuestra *alma sensitiva* existen algunas «excitaciones», y entre otras señala la *ambición*, el *valor*, la *combatividad*, la *rebelión*, la *afirmación de sí* o el *deseo de dominar*, que en mayor o menor medida es del todo imposible percibir extrañas al espíritu del alpinista, del aventurero, pero desde luego no se pueden calificar como aplicables a espíritus decepcionados, pesimistas o proclives a dejarse dominar por ensoñaciones. Además ni yo me he sentido oscuro y anegado, ni tampoco lo he percibido en mi entorno a lo largo de muchos años en la montaña; no me he visto nunca arrebatado por los sentidos cuando se empina la cuesta o consigo llegar a una cumbre, ni un artista al superar un delicado paso de escalada, ni un anarquista

¹ El filósofo e historiador Johannes Hirschberger, determina que la época ilustrada se caracteriza especialmente por su concepto de la libertad con la liberación de prejuicios ideológicos y religiosos, por la fe en el progreso, y sobre todo por su confianza en una ciencia sin reservas ni restricciones, todo en bien de los súbditos y aunque se llegase al despotismo.



Camino de la cumbre

en la cordada, ni cuando la arista se afila he sentido una congoja suicida, ni siquiera me ha entrado un amor descontrolado al contemplar la puesta del sol. Frente al torbellino de pasiones que lógicamente habría de afectar al montañero, como buen hijo del romanticismo en el que fija sus raíces, dejando aparte las consecuencias físicas propias de la actividad, y de forma matizada, sí desde luego algo siento de bohemia, y sobre todo alegría, preocupación, y algunas veces miedo, pero en este caso sin matiz que me valga. Pero aunque esto no sorprenda, sí dará algo más que pensar cuando al hojear las biografías de Balmat, Paccard, Mummery, Whymper, Hillary, Bonatti, Kukuczka, y de otros muchos precursores y actores relevantes en éste ámbito, o si leemos sus crónicas, más bien lo que asoma es un talante decidido, riguroso y positivo.

La vinculación cierta entre Romanticismo y el descubrimiento de la Alta Montaña, indudable desde el punto de vista temporal, no alteró de forma sustancial el pensamiento de los alpinistas, que siguieron siendo en su mayor parte privilegiados de la sociedad, un puñado de burgueses adinerados o profesionales del medio natural, si es que no eran meros trabajadores o «guías» de los anteriores. La «*vuelta a la naturaleza*», salvo para un grupo de intelectuales y artistas no produjo ninguna revolución social que acercase a la masa a vivir allí sus experiencias. Bastante tenían las gentes con conseguir la cuota necesaria de carbón en las minas del Ruhr, o los metros de tejido del cupo en las fábricas de Manchester, o una brazada de cereal en *la comuna* de París, y evitar que los matasen a cambio de una soldada cuando llegaba, bajo el uniforme de un ejército. No obstante, de tanto repetir el estribillo, y me aplico el cuento yo el primero, nos olvidamos del resto de la música, de la letra y del pentagrama entero, pero analizado fríamente, los verdaderos protagonistas, los alpinistas de las grandes gestas y aún

los montañeros en general siguieron sin verse afectados por la pregonada igualdad, que la libertad y la fraternidad ya las disfrutaban cerca de la soledad de las altas cumbres, ni de forma al menos mayoritaria por la irracionalidad romántica. Así le ocurrió a Petrarca, que ascendió al Mont Ventoux en 1326 y que en su obra entrelaza la poesía con la vivencia de la ascensión, ponderando la belleza del esfuerzo siglos antes de la conquista del Mont Blanc (1787), quién tampoco consiguió conmover ni mover hacia las montañas la mirada como no fuese la de algunas mentes muy especiales. Las clases obrera y burguesa, de forma significativa, no se acercaron a las montañas atraídos por sus cualidades éticas y estéticas hasta que pudieron hacerlo, y eso ocurrió a principios del siglo xx, transcurrido bastante más de un siglo desde la Revolución Francesa y del Romanticismo.

Pero hay más, el movimiento romántico no es dueño en exclusiva de la amistad, el sacrificio, la voluntad, la comprensión de la inutilidad de la cima, del ascetismo ni de la exaltación épica. Tampoco lo fue de la forja del carácter o del conocimiento de uno mismo a través de la superación del difícil ambiente alpino. Como no debemos ser maniqueístas, expongo aquí a un erudito que estaba en las antípodas de lo romántico: Evola, filósofo, esoterista, poeta, pintor, alpinista de gran nivel y próximo en sus creencias a los idealistas² como Schopenhauer (defensor de la existencia de una voluntad ciega en todos los fenómenos) y a los que yo prefiero llamar *ultramodernos* mejor que *antimodernos*, cada cual en su momento, como fueron Nietzsche («aristocratismo del espíritu») y Heidegger (figura destacada en el *movimiento revolucionario conservador alemán*), el que al suscribir su pensamiento³. Evola dejó escrito: «*Nos apasiona el riesgo, vivir al límite, porque nos forja el carácter para amar lo difícil en la incertidumbre*» y también, «*la grandeza, el silencio y la potencia de las grandes montañas inclinan naturalmente el ánimo hacia aquello que no es exclusivamente humano*». Ningún romántico en plena crisis lo hubiera expresado con mayor pasión y sentimiento, aunque de las indicadas virtudes o defectos, y de la disciplina interna, del alcance de la introspección y de la contemplación de la naturaleza ya habíamos oído hablar desde tiempos remotos en Jonia, Atenas, Olimpo, Delfos y el mundo romano.

Por tanto y de nuevo, habrá que admitir que en el mejor de los casos, o en el peor de los supuestos, no se puede hablar con rotundidad de un omnipresente sentimiento romántico en las ideas del montañero en aquella época⁴, y ahora mucho menos, sino que se produjo una ósmosis con el sentir y las ideas clásicas, que se mantuvieron y se mantienen vigentes en la práctica de nuestro deporte⁵, y que muchas veces se descubren con parecidas emociones y se expresan con similares palabras, pues el diablo

² Evola se denominaba a sí mismo «idealista mágico». Sentía desdén por la visión de la naturaleza del romanticismo y del sentimentalismo burgués. Los consideraba una «cursilería». Ni el auténtico hombre de la montaña ni al alpinista genuino podían participar del romanticismo.

³ *Meditaciones de las cumbres*, es la obra en la que se compendia la obra de Evola. Reinhold Messner dijo de ella lo siguiente: «*Non le cime, non la difficoltà, non il record mi interessano, m' quello che succede all'uomo quando si avvicina allá montagna. Questo libro ci dá la risposta*».

⁴ Con acierto se considera la conquista del Mont Blanc como la partida de nacimiento del alpinismo de dificultad, realizada a través del impulso de las ideas románticas. Cada cuál que opine como quiera, pero cito un párrafo del magnífico libro *El Sentimiento de la montaña*, de Eduardo Martínez de Pisón y Sebastián Álvaro, que en conjunto sigue una tesis distinta a la mía y dicen sobre esta montaña símbolo: «un punto geográfico que va a representar la concordia de la razón y la emoción, las dos "constantes vitales" que serán desde entonces los cimientos del alpinismo».

⁵ «Sin los estímulos intelectuales y estéticos, el alpinismo se convierte en un estéril deporte». Bernaldo de Quirós.



En la cumbre

habita en los pequeños detalles. Afortunadamente, a la entraña de lo conocido, y no digamos entonces de lo desconocido y de lo incómodo, no es tan fácil que se acerquen las modas, ni siquiera las falsas revoluciones, por muy bien acicaladas que se presenten.

De acuerdo con Javier cuando al final mantiene su esperanza, que yo comparto, de que frente a las masas ululantes, la civilización siempre podrá contar con la existencia de élites egregias, que él llama de forma muy acertada *minorías «enamoradas del saber, de la ciencia y la belleza; en cierta forma unos individuos asociales..»*. Yo creo que su eficacia en bien del Estado y del pueblo mismo, será mucho más fecunda si se asienta sobre unos principios y una jerarquía de valores lejanos al relativismo actual, que han venido sirviendo de pauta, de cánones intemporales, para definir una persona íntegra que consiga ejercer plenamente su libertad, su razón y su espiritualidad sin desconectarse del todo de su necesaria urdimbre en la sociedad, en pro del bien común, a través de la norma, la ética y la búsqueda de la excelencia, lo que no ha sido precisamente frecuente en la historia. Fichte, destacado representante del idealismo alemán, a la par que paladín de la acción personal y de la fe en el deber, mantenía que *«de la clase de filosofía que uno elige, depende la clase de hombre que uno es»*. Sin llegar a ser tan categórico, aunque yo me sienta mejor escalando con los estoicos y sólo a ratos con los epicúreos, os diré que al no haberse instalado todavía aduanas en la paz de las montañas, como sí que lo han hecho en el valle, tanto juntos como por separado para conseguir la inmunidad de rebaño, el socialismo y el capitalismo (aborrecidos ambos por Nietzsche), podremos seguir subiendo a ellas, llevando cada cuál sus ideas en la mochila, porque aunque sea importante saber qué tenemos dentro, lo podremos descubrir de forma más auténtica y mejor, siempre arriba. ●